

E. MIRET MAGDA LENA

Las cosas, en una decena de años, han cambiado mucho entre los católicos. Antes casi se definía lo católico por el autoritarismo que la Iglesia católica romana ostentaba, ante los ojos y los oídos de sus fieles seguidores. Y cuando uno de éstos resultaba algo inconformista —como nuestros cristianos del pasado siglo de la Institución Libre de Enseñanza— se les tenía por anticatólicos, y ellos mismos se apartaban de la práctica regular dentro de la Iglesia. Su conciencia les impedía seguir dentro de la institución religiosa llamada catolicismo.

Hoy, en cambio, entre muchos fieles que se consideran católicos existe un constante inconformismo respecto a las actitudes y enseñanzas de su cabeza principal, que es el Papa Pablo VI. Y nadie se escandaliza por ello, tomándose ya como una actitud casi natural en un católico ejercer esta crítica de los actos humanos de carácter religioso del Papa de Roma.

Hasta el Papa Juan XXIII esto no sucedía así. Normalmente era al contrario: hasta los que se consideraban apartados de la creencia oficial en la Iglesia admitían gustosamente las enseñanzas de este simpático Papa, lleno de humor y de buen sentido.

Pero, con el Concilio y con la venida de Pablo VI, todo cambió. Insensiblemente nos hemos ido acostumbrando los católicos a ejercer una crítica del Papa que a veces se convierte casi en obsesiva. No sabemos estar en el punto de equilibrio de un hombre maduro que es mayor de edad. Postura unas veces de aceptación, otras de crítica y otras de olvido, sin prejuicio alguno en contra o a favor.

Naturalmente que aquel que tiene una visión histórica de la Iglesia sabe perfectamente que hay Papas más aceptables que otros, incluso que algunos pontífices de Roma han sido todo menos ejemplares: ahí está por ejemplo el testimonio renacentista de Alejandro VI y de otros Papas medievales para corroborar lo que digo. Sobre todo la triste época del siglo X, en donde las influencias más rastreras y menos cristianas llegaron hasta el solio pontificio. El historiador católico Philip Hughes resume este siglo así: "el escándalo llegó a su culminación cuando la familia romana de Teofilacto monopolizó la Santa Sede, imponiendo a su arbitrio durante casi setenta años los nuevos Papas, que constituyeron los verdaderos malos Papas" («Síntesis de Historia de la Iglesia». Ed. Herder).

Y no veo ninguna razón para que lo que tranquilamente critican los historiadores del tiempo pasado no lo podamos hacer nosotros en el tiempo actual, si bien las cosas críticas de hoy son muy diferentes de las de aquellos tiempos bárbaros en que los dirigentes espirituales de la Iglesia a cualquier nivel "lleaban una vida exactamente igual a la de la feraz, inculta y licenciosa burguesía de que procedían". ¿Qué es lo que hacían aquellos bárbaros Obispos? "a menudo, contraviniendo toda ley o tradición, se casaban y luego hacían objeto principal de su vida el transmitir la Sede a uno de sus hijos". Con frecuencia también "habían comprado su nombramiento, y su reinado representaba una continuada tortura financiera para los desventurados súbditos, mientras el prelado intentaba resarcirse de su desembolso inicial" (o. c.).

Por eso hoy podemos darnos cuenta y criticar que San Pío X retrasó con sus exageracio-

nes doctrinales y prohibiciones tajantes el desarrollo intelectual de la Iglesia. O que Pío XII fue un autócrata en el modo de gobernar la Iglesia de su tiempo, dejándola en una situación organizativa verdaderamente lamentable. Y ahora podemos pensar que Pablo VI muchas veces no acierta en el punto exacto de lo que debía ser su postura en medio de las oleadas de crisis religiosa del mundo actual.

Pero la cosa es mucho más profunda todavía, si miramos las cosas bien. La crisis no está ya sólo en las personas, sino a nivel de la institución misma del Magisterio romano. Y concretamente a propósito de la infalibilidad del Papa.

Tres libros de gran interés se han publicado sobre esta crisis de la infalibilidad, que sobresalen por su importancia. Uno es el del Obispo misionero Simons, que ha sido traducido al castellano e incomprensiblemente apenas es leído ni por los católicos ni por los acatólicos. Es una dura crítica de la infalibilidad, expresada en un breve libro que se titula «Infalibilidad y evidencia». (Ediciones Ariel).

El segundo libro es del teólogo Hans Küng, que plantea los más diversos problemas en torno a la cuestión de la infalibilidad. Libro

LA CRISIS DEL PAPADO

que oficialmente no ha sido condenado por la Iglesia, pero sí recibido con suma suspicacia por Roma. Los teólogos en general no lo han aceptado, salvo algunas excepciones. En cambio, bastantes fieles cultos han quedado impresionados por algunos de los razonamientos de Küng, y Roma se ha alarmado. Por eso varias veces ha deseado que este teólogo germano suizo acudiera a dar una explicación en las todavía un poco terribles oficinas del antiguo Santo Oficio. Pero Küng todavía no ha ido nunca a explicarse, aunque parece ser probable que dentro de algún tiempo se le convoque oficialmente a dar una explicación de su libro «¿Infalible?, una cuestión». (Libro que nuestros Obispos, más conservadores, impidieron que se publicase en España).

Me acuerdo que cuando yo me limité, hace poco más de diez años, a explicar en un dominical de "Ya" la necesaria crítica al Papado, ejercida como corrección fraterna por los Santos católicos de casi todas las épocas, se produjo una cadena de protestas del más alto nivel eclesialístico y civil y un buen susto en el periódico. Y ahora, aunque se manifiesta "Ya" contra Küng, sin embargo crítica a los que le condenan demasiado someramente, y adopta una postura mucho más equilibrada y matizada, ante una cuestión mucho más grave que la planteada por mí hace esos pocos años. Sin duda los tiempos han cambiado, y mucho, aun entre los más prudentes.

El último libro al que tengo que referirme es un extenso estudio sobre el Magisterio romano y la Infalibilidad, de López Dóriga, publicado por Herder. Es un modelo de matiza-

ción y serenidad, que a veces se queda, en mi opinión, demasiado corto en la apertura y en la crítica; pero de todas formas es serenamente abierto y digno de ser leído. Entre otras muchas cosas interesantes dice algo importante: que mucho más decisiva que la infalibilidad del Papa —que sólo se ha ejercido en muy contadas ocasiones históricas— es la autoridad moral que históricamente tuvo el magisterio romano, aunque nadie conocía con claridad que existiera o se debiera defender la infalibilidad. Es algo parecido a lo que ha recordado monseñor Benelli, sustituto de la Secretaría de Estado, quien dice que "el primado romano no se ejercita en la soledad de un poder monárquico absoluto". Del mismo modo que afirma también que en la Iglesia, a partir de la Edad Media, "se ha dado una centralización de poderes, lo que, junto a aspectos decisivos, representaba otros muchos bastante negativos".

Estas lecturas y reflexiones pueden ser materia importante para creyentes y no creyentes, en el momento que acaba de publicarse un documento romano titulado "Mysterium Ecclesiae", en donde se vuelve otra vez a insistir mucho en el tema de la infalibilidad. Yo creo que estamos demasiado preocupados los católicos por este tema, bien sea para criticar muchos de sus aspectos, bien sea para defenderlo a ultranza. Y sería mucho mejor que, con una visión histórica, nos diéramos cuenta de la poca importancia que de hecho ha tenido esta doctrina en la Iglesia católica. Debíamos recordar los católicos lo señalado por el padre J. L. McKenzie, el especialista de Sagrada Escritura: "un hecho es evidente: la jefatura de Pedro de ningún modo fue de carácter absoluto; no tenemos un ejemplo claro de una decisión adoptada exclusivamente por Pedro, sin asociarse con los otros miembros del grupo". («La autoridad en la Iglesia». Editorial Mensajero).

Esa imagen de monarca absoluto que parecía ser la clave que definía a los católicos, a diferencia de otros grupos cristianos, debe ser revisada a la luz de estas enseñanzas de teólogos católicos, cuyas doctrinas no han sido oficialmente condenadas por la Iglesia, aunque muchos discuten las posturas más abiertas de tales pensadores.

El nuevo Obispo presidente de la Comisión Episcopal de la Doctrina de la Fe, Monseñor Roca, acaba de hacer unas declaraciones en las que quita todo dramatismo a esos "universales" errores que creen los católicos conservadores ver como un cáncer casi incorregible en la Iglesia española. Existen muchas opiniones más o menos radicales a favor y en contra de estos teólogos, abiertos al plantear el problema de autoridad infalible del Papa; pero es necesario que quitemos todo aire de tragedia a estas opiniones, entre las cuales está la mía, y que es de las más abiertas acerca de este tema. Pero al criticar muchos aspectos de la infalibilidad, tal como se ha enseñado o ejercitado, no pretendo erigirme yo a mi vez en infalible, sino decir con sinceridad lo que realmente pienso, y que algún día expondré más detalladamente a los lectores.

Necesitamos —como en otras épocas— una ayuda y orientación espiritual de la vida emanadas del Papa de Roma; pero no una insistencia obsesiva sobre los aspectos más autoritarios del catolicismo, ni tampoco en los "trágicos" errores de nuestro tiempo, que ni son tan trágicos ni tan de nuestro tiempo. ■